

Gusanos

Oscar Xiberta Soto



gusanos_



oscar xiberta soto_

Capítulo 1

Las líneas de código desfilan ante mis ojos en desiguales intervalos.

Escribo cuatro obvias instrucciones.

Hago una pausa para reflexionar.

Comienzo a programar una función.

Pausa.

Relleno los parámetros.

Pausa.

Reviso los garabatos que apilo a la izquierda de mi portátil y tecleo dos líneas más. Un subrayado rojo molesto me insta a corregir la sintaxis de la última.

Pausa.

Mis pensamientos vuelan de un boceto a otro. Mi cerebro comienza a atar con finos hilos las cajas dibujadas en una cuartilla con las circunferencias y los rombos de otra. La sombra de un código embrionario se va superponiendo tímidamente en el aire sobre cada uno de esos símbolos. La estructura completa cuelga de mi mente como un complicado móvil de viento. Al enfocar mi atención en uno de esos nebulosos bloques de código, un hilo lejano se rompe, provocando una reacción en cadena que acaba por desplomar la estructura entera.

Mierda, tengo que volver a empezar.

Es bien entrada la madrugada. El salón está completamente a oscuras. Mi pantalla emite poca luz debido al fondo gris que he elegido para el entorno de desarrollo. El monótono titilar del cursor percute mis retinas y adormila mi conciencia.

No soy capaz de desviar mi mirada de ese pequeño rectángulo intermitente. Tampoco soy capaz de pensar en nada. Horas y horas programando sin descanso me han llevado a un estado mental en el que mi cerebro apenas puede seguir ningún hilo de razonamiento, y en el que el café tan solo sirve para mantener mis ojos abiertos.

La inutilidad de mi esfuerzo me atormenta. Debo tener algo mañana. Algo acabado. Aunque no sea óptimo, aunque haya dejado multitud de excepciones sin capturar. Aunque se rompa a la mínima. Pero acabado.

Soy consciente, y tengo asumido que mañana entraré a trabajar sin haber dormido un solo minuto. Si supiera que tomando más café mi concentración iba a funcionar otra vez, lo haría. Pero ya no surte efecto.

Siento evaporarse un sudor frío en mi nuca y mis mejillas, cuando se me pasa por la cabeza que tengo una hora escasa para encontrar la manera de hacer que este repugnante código vomite algún tipo de resultado, envolverlo con un lacito de mierda rosa, asearme brevemente, y coger el autobús a la oficina con la esperanza de salvar el culo para poder pagar mis facturas al menos un mes más.

Pero para eso... ¡Joder, tengo que sacar algún resultado! Vamos, piensa, piensa...

No. Es imposible. Mi cerebro está completamente bloqueado. Mis neuronas se han atascado en unas hondas roderas de lodo gris. Cada intento de volver a arrancar el motor me hunde aún más en el lodo de la impotencia. Mi rostro se vacía de toda expresión y mis ojos de pez no consiguen enfocar.

Me duele la cabeza. Lleva la mayor parte de la noche a punto de estallarme.

Me levanto impulsado por la rabia. Voy al servicio a mear y me lavo la cara. Rindiéndome a la necesidad, vierto algo de café frío en un vaso. Por lo general no me gusta el café. Ahora lo odio. Vuelvo al salón. Mi mirada lo recorre involuntariamente mientras un arroyo de líquido negro se desliza asquerosamente por mi garganta e insufla mis fosas nasales con unos tenues vapores amargos.

Si ha habido algún momento en mi vida más parecido al silencio total, no lo recuerdo. Ningún sonido parece filtrarse de los vecinos, ni una sirena lejana en la calle, ni el más mínimo murmullo de tráfico. No hay crujir de muebles ni rumor de aparatos electrónicos. Nada. Tan sólo las hélices del ventilador de mi portátil hacen notar su presencia con timidez. El silencio es tan total que sería capaz de oír a un caracol deslizándose por la pared.

De hecho... ¿qué es ese sonido?... parece que viene del interior de uno de los muros del salón. Sutil, tan imperceptible que creo habérmelo imaginado. Pero juraría que es como un leve... ¿rascado?

En fin. Basta ya de tonterías. El tiempo se me acaba. Necesito sentarme otra vez al ordenador y estrujarme el cerebro hasta que salga algo de lo que me avergüence sólo levemente.

Apoyo mis codos y echo mi cabeza hacia adelante. Amaso mi cráneo con las manos y concentro mi visión en el código multicolor sobre fondo gris.

Entorno los ojos. Intento con todas mis fuerzas continuar en mi mente la estructura contenida en esas líneas de manera que pueda tejer un final feliz para esa historia. Viajo de módulo en módulo intentando almacenar en mi cerebro las relaciones entre todos ellos el tiempo suficiente para continuar tecleando instrucciones donde lo había dejado. El esfuerzo mental, y la angustia de saber que cada minuto que paso haciendo esto es un minuto menos que tengo para terminar, me hace sudar. La prisa atropella mis pensamientos. Siento una presión en el estómago que me empuja a ir más rápido sin haber afianzado lo suficiente el conocimiento previo. Lo estoy perdiendo, maldita sea... y ese sonido otra vez...

¿Por dónde estaba? Ah sí, sí, siguiendo esta cadena de funciones.

... Pero ¿qué es ese rascado? Cada vez lo oigo más claro.

No, no, olvídale y atiende al código, se te acaba el tiempo.

... ¿Es que hay algo detrás de esa pared?

¡Atento a lo que estás, coño!

... Parece que es en la pared de la izquierda

¿Pero quieres hacer el favor de una vez? ¡Concéntrate, hostia!

Me pierdo, me estoy perdiendo... la cabeza me mata... odio el café... me estrujo el cerebro... silencio... termínalo... ese rascado... CABEZA... PARED... ¡CURSOR!...

¡¡AAAARGH!!

Tiro la silla al levantarme agarrándome del cabello. Maldigo y maldigo en voz alta. ¡No puedo pensar! ¡No puedo seguir una simple línea de razonamiento! ¡No puedo ni recordar por qué he escrito el código que he escrito!... ¡Y ESE MALDITO RUIDO EN LA PARED! ¡NO ME DEJA VIVIR!

Me tiro en el sofá, derrotado, jadeando y cubierto de sudor. La cabeza me estalla. Siento el cuello rígido y un leve hormigueo en el hombro. El sonido de la pared se oye ahora perfectamente, por encima incluso de mi violenta respiración. Es imposible trabajar con ese inquietante sonido colándose en mi cerebro.

Me incorporo y me coloco en el centro de la habitación. Inspiro... espiro. Identifico de dónde viene el ruido. Sí. Parece que es de la pared a la izquierda de mi escritorio. Lo analizo sin moverme. No es exactamente un rascado, es más parecido a un... roído, pero no como el de los ratones. Este es un roer lento y reposado, sin ninguna prisa, disfrutando de cada

bocado con parsimonia.

Con precaución, me acerco a la pared, poco a poco, no quiero que mis pasos ahuyenten (o enfurezcan) a lo que sea que haya al otro lado. Mi nariz se acerca al yeso pintado de apagado melocotón. Contengo mi respiración. Y escucho.

Ahí sigue, con su pausado masticar, el mismo sonido. Me armo de valor y de curiosidad científica y, con reverente lentitud, pego mi oreja al muro.

¡Oh, Dios mío! ¡ahí está! ¡Está detrás de la pared! ¡Lo escucho perfectamente! ¡Casi lo puedo sentir moverse!

Mis pies me hacen retroceder con torpeza hasta el centro del salón, haciéndome tropezar con la esquina del sofá. Vuelvo a respirar, aunque sólo soy capaz de hacerlo a bocanadas entrecortadas. Mi cuerpo comienza a temblar fuera de control. Es como si todos los litros de café que he estado engullendo esta noche me estuvieran haciendo efecto de golpe en este preciso momento.

Lo he oído. Mierda, lo he sentido. Está ahí, detrás de la pared. Y es enorme. He sentido sus babosas mandíbulas abrirse y cerrarse triturando el ladrillo a escasos centímetros de mi oreja. He sentido un cuerpo fofo y alargado contorsionarse empujando a su paso algo cuyo sonido se asemejaba a gelatinosas masas de tierra excretada y regurgitada.

¿Qué clase de criatura es esa? ¿De dónde ha salido? ¿Y cómo un monstruo larvario antinatural de tales proporciones ha podido pasar desapercibido?

Quizá sea un caso aislado. Una única y caprichosa mutación provocada por una fortuita combinación de residuos, gases tóxicos, y manipulaciones genéticas. ¡O puede que tenga origen extraterrestre! Esas esporas galácticas provenientes de estrellas desconocidas, blindadas y protegidas por el mineral fundido de los meteoritos que agujerean diariamente nuestro planeta. Miles de años de erosión pueden haber resquebrajado alguna de estas vasijas siderales y mezclado su contenido con la inmensa cantidad de materia fértil entre la que habitamos, dando como resultado el despertar de un nuevo y primitivo ser, luchando por la supervivencia, la evolución, y el control del nuevo ecosistema.

Y de alguna manera, excavando, reptando, alimentándose de Dios sabe qué, y creciendo sin control, ese ser había llegado a la pared de mi noveno piso.

Tejiendo estas teorías con mi mirada clavada en la pintura de la pared, me doy cuenta de dos cosas: la primera, que, de un plumazo, mis plazos de entrega, mi futuro en la empresa, y mis facturas, me importan menos que una mierda; la segunda, que el incesante sonido de esa rumiante

serenata llega a mí ahora desde varios frentes.

Mis ojos no saben dónde mirar. Dirija mi cabeza a donde la dirija, esos lentos triturar, regurgitar, y amasar, se cuelan por mis oídos con más nitidez que antes. Vienen de la pared del vecino, pero también de detrás de la televisión, y del muro exterior.

Mi mandíbula se estremece, fragmentando mis sordos jadeos de animal acorralado. Una punzada larga y aguda recorre mi espina dorsal, y empiezo a sentir que algo más no va bien. Mi persistente dolor de cabeza ahora golpea rítmicamente el interior de mis sienes como si mi corazón bombeara con tanta fuerza que mi cerebro no pudiera contener la presión.

Oyendo mis propios latidos en el interior del cráneo, vuelvo a pegar mi oreja en la pared, esta vez en la del muro exterior, que da a una noche de luna especialmente clara.

Puedo engañarme a mí mismo cuanto quiera, pero ahí está también, otra de esas inmundas criaturas, abriendo túneles, vomitando lodo. Oigo perfectamente sus mordiscos, las pompas de sus babas al explotar, y el lento arrastrar de su alargado cuerpo. Pero me resisto a creerlo. Me dirijo a la carrera a realizar la misma prueba en la pared detrás del televisor.

Con mi mejilla adherida a la tercera pared, los ojos desorbitados, cubierto de sudor frío, y expresión incrédula, me doy cuenta de que estoy rodeado por esos seres. El grave pulso de mi cabeza ha llegado a tal extremo que estoy seguro de que lo pueden oír hasta esas abominaciones reptantes desde el otro lado.

Vuelvo al centro de la estancia sin poder aceptar lo que está sucediendo. El espacio parece haberse inundado progresivamente de un denso hedor a madera podrida y perro mojado. Me aprieto las sienes lo más fuerte que soy capaz y cierro los ojos suplicando que esa persistente migraña desaparezca.

No soy capaz de reaccionar. Sólo puedo pensar en que estoy rodeado. Me pregunto cuánto tiempo habrán estado esas alimañas agujereando el interior de mis muros y cuándo decidirán por fin hincar sus mandíbulas antinaturales en el fino yeso que las separa de mí. ¿Será cuestión de minutos? ¿De horas? ¿Días? ¿Llegará el momento de enfrentarme con ellos cara a cara y vender cara mi carne? ¿Ocurrirá mientras duermo, sin darme la oportunidad de presentar batalla? ¿O quizá el destino sea misericordioso y las paredes se derrumben antes de todo eso, sepultándonos a mí y a esos monstruos bajo los escombros del tejado, poniendo punto final una historia que jamás debió ser escrita?

No, no voy a quedarme. Voy a abandonar esta casa ahora mismo. Reuniré lo más básico: documentación, teléfonos móviles y cargadores, ordenador, algo de ropa, y algo de aseo, y dejaré esta cueva grotesca para siempre. Sí. Sin dudar. Es posible que realice una llamada anónima a la policía, o a los bomberos... a cualquiera que esté dispuesto a escucharme y tomarme lo suficientemente en serio como para echar la puerta abajo y entrar a echar un vistazo. Si es necesario mentiré, diré que lo que he oído detrás de las paredes es... el siseo de un escape de gas... o el llanto de una persona moribunda... lo que sea que les haga inspeccionar los muros. Aunque podría darse el caso que no tuvieran que abrir ni un solo boquete, y nada más atravesar el umbral ya se encontrarán con un espectáculo de mucosas, detritos y agujeros, y con esas demenciales criaturas de otro mundo dando buena cuenta de mis muebles.

Torturado por la ansiedad, mi migraña, y el barullo insoportable de todas esas amorfas mandíbulas masticando a mi alrededor, me decido de una vez por todas a actuar, salir del salón, y ejecutar mi plan de escape.

Es entonces cuando ahí, en la pared, al lado del dintel de la puerta por la que me disponía a salir corriendo, al fin lo veo. Y su visión me paraliza.

Como la sombra que traza una vena bajo la piel. Como la oscura silueta de una anguila que se vislumbra descansando en el lecho de un río de arenas blancas. De alguna manera ese ser está proyectando su contorno como una figura chinesca a través de la pared. ¿Puede ser posible que esas obesas y atrofiadas anacondas, que esas... babosas descomunales, emitan alguna clase de radiación? No se me ocurre otra explicación. Dios mío... esto es una locura ¿Qué más sorpresas guarda esta criatura del infierno?

Enseguida noto una punzada de energía que me atraviesa el ceño, y mi visión comienza a sacudirse. Pierdo el control de mis ojos, que empiezan a girar frenéticamente gobernados por una voluntad que no es la mía... ¡¿Qué me está pasando?!... Me tambaleo perdiendo el equilibrio debido a la alocada danza de mi visión. Aprieto los párpados y cubro mis ojos con fuerza con las palmas de mis manos, como si eso fuera a detener los espasmos de mis pupilas. El dolor de la migraña amenaza con hacerme explotar la cabeza. Caigo de rodillas. Gruño. Gimoteo. Lloro. Sufro un violento agujón en las cervicales que me hace retorcer el cuello. El dolor sigue su camino hacia mi interior, lentamente, y cuando llega a la altura de mis vértebras, mi brazo se mueve involuntariamente, retorciéndose poco a poco hasta el límite de la articulación.

Pero el agujón no se detiene, sigue recorriendo mi médula espinal sembrando dolor a su tranquilo paso.

Con un brazo agarrotado y retorcido, el cuerpo cubierto de sudor, y respirando a bocanadas debido al dolor, ese terco pinchazo desciende

hasta mis lumbares. De repente caigo de bruces al parquet convulsionando mi espalda como un pez moribundo.

¿Son esas criaturas? ¿Están aplicándome algún tipo de tortura mental para mantenerme inmóvil e indefenso en el momento en el que se decidan a salir de la pared para devorarme? ¿Como el veneno paralizante de una araña?

Mis convulsiones continúan, mi boca está desencajada, mis miembros se retuercen solos o se vuelven rígidos. ¡El dolor es insoportable! ¡Mi cabeza! ¡No puedo... respirar! ¡No puedo... pensar! ¡Aaaargh! ¡Dios, que pare ya! ¡POR FAVOR! ¡¡POR FAVOR!!... ¡UGH! ¡MMMMM!... ¡MMMMMMMMM!!

Mis mandíbulas se cierran como un cepo sobre mi lengua. Espuma y sangre manan de mi boca y encharcan el parquet de mi salón mientras pongo los ojos en blanco. No puedo más. No puedo más. Que acabe ya esto. Ruego a lo más alto. Que me devoren ya esas criaturas. Si tuviera el más mínimo dominio sobre mi cuerpo me pondría boca arriba para ahogarme con mi propia mezcla de saliva y borbotones de sangre, y terminaría con este cruel sufrimiento de una vez para siempre. ¡Argh! ¡Dios, mátame, te lo suplico! ¡Ten piedad! Mi cabeza... ¡Mi cabeza! ¡¡MMMPFFRRHHaaaaaaAAAAAHHH!!...

Oigo el sonido que haría una uva al aplastarse entre los dedos, y mi nariz se salpica de sangre.

Todo se detiene.

Mis espasmos cesan, mi respiración deja de sonar, mi corazón se para. Ya no hay dolor.

El silencio vuelve a gobernar la noche.

Al echar un último vistazo al mundo de los vivos, me doy cuenta de que ese condenado ruido siempre estuvo dentro de mi cabeza después de todo.

Retorciendo sus blanquecinos y minúsculos cuerpos con ceremoniosa lentitud, revolcándose saciados y jubilosos en los sangrientos regueros que nacen de mis fosas nasales, los veo.

Erguidos, viscosos, observando en todas direcciones como seres estúpidos con sus cabecitas negras de botón.

GUSANOS... ¡¡GUSANOS!!

Fin